

# Relatos San Valentín 2012



El sendero marcado  
Laura López Alfranca



El sendero marcado

Relato San Valentín 2012

Laura López Alfranca



El tacto de la coraza era gélido, tanto como para llegar a su corazón y convertirlo en hielo. Sentada, aguardaba a un destino que sabía de memoria. Al menos pronto todo acabaría, pensó, puede que hubiera un cambio de última hora y el final se reescribiera.

—Dama Lilianne —saludó el héroe de aquella ocasión—, no os preocupéis, yo os defenderé de ese traidor.

Ella sintió y le sonrió de forma triste. Sintió su corazón retorcerse con un amor falso a ese pobre soldado que llegó hasta su historia de casualidad. Ni siquiera el estremecimiento cuando se dieron la mano apaciguó su alma. Se levantó con los pocos restos de su ejército, esperando a que se quebrara la puerta de la sala del trono.

—Los goznes temblarán, mientras el cristal se resquebraja.

—¿Qué decís, mi dam...? —el gurreo no pudo acabar, ya que la escena transcurrió exactamente como la mujer iba describiendo.

—Pronto, al otro lado, darán con el hechizo oportuno y el cristal volará en afilados proyectiles. Cubríos —pidió con una voz audible, pero ninguno de sus hombres escuchó.

La ráfaga mortal alcanzó a buena parte de ellos. Su héroe y valedor quedó en el suelo malherido, alzando su mano para poder tocarla. Cayó muerto. La mujer conocida en aquel momento como Dama Lilianne sollozó. Nunca soportaría la muerte, mucho menos cuando todos se veían forzados a hacer lo que marcaba un estúpido engreído que no sabía controlarles.

—Siento lo de tu nuevo amante, Lili —aseveró una voz grave cargada de crueldad.

La mujer alzó la mirada y allí le vio. El amor de una y mil vidas, rescrito, manipulado, mancillado... pero ahí seguía, incluso tras aquella infernal historia. Esta vez se llamaba... ¿qué importaba en realidad? Lo que no cambiaba eran sus ojos claros duros y sinceros como el cielo nublado. Sus cicatrices, el porte real de león, su melena negra lo realzaba, junto a la piel tostada por las horas de trabajo, su fuerza... y, en el fondo, por mucho que lo intentaran disfrazar su lealtad, honradez y tantas cualidades que era incapaz de enumerarlas.

Lo único que era capaz de ver, por encima del discurso que ambos estaban obligados a decir, era la mirada apesadumbrada de su mirada, suplicando por su

perdón. Los juglares siempre repetían, que lo suyo había sido un amor trágico y épico. Profundo y lleno de rencor. Era mentira, siempre era así.

La lucha comenzó y se dejó llevar, ni se concentró. ¿Qué más daba si lo hacía? Alguno acabaría muerto en brazos del otro, el bien o el mal triunfarían y ellos seguirían siendo marionetas de una historia escrita. Sintió la humedad en su mano y lloró, cayó junto al cuerpo de su eterno amante, mientras sus ojos se iban apagando, sorprendidos por aquel desenlace.

Dama Lilianne le acarició la cabeza con ternura, ignorando el cuerpo del otro al que le habían exigido amar. Su corazón dolía con un pesar demasiado conocido, sus lágrimas caían en la piel del antiguo capitán de su guardia, mientras los recuerdos, siempre los mismos recuerdos, se agolpaban en su mente.

El mudo desapareció a su alrededor y se encontró encerrada en una caja de cristal que tan bien conocía. Miró a los demás personajes de la farsa que era su vida, aguardando pacientemente al siguiente escritorucho que irrumpiría en sus vidas.

No le sorprendió ver que el anterior ni se pasó para decir adiós. Mejor así, ella podría haberse lanzado a su cuello para acabar con él. Se acurrucó mientras una luz lejana se iba colando en cada cuarto. La nueva mente soñadora charlaba con los demás, preguntándoles sobre lo que había sido su vida hasta el punto en el que escogiera comenzar su historia.

Cuando llegó a su sala, la ignoró con intención. Poco tenía que decir y que escuchar, las mismas falsas promesas de siempre de que por fin tendría una vida, que se cumplirían hasta que la historia se volviera aburrida para el titiritero.

—Tu historia no me convence, no da para mucho —dijo la escritora a modo de saludo.

—¿Y qué quieres cambiar? —preguntó la reina mirando a sus súbditos.

—Verás, no te lo tomes a mal, pero creo que te voy a dejar al margen —aquello era nuevo, siempre deseaban tenerla a ella como una de las protagonistas—. Mira, lo siento, pero ¿aventuras? Eres una reina responsable y que cuida de sus vasallos ¿ande vas tú yendo a matar monstruos? ¡Eso no tiene lógica!

Se giró sorprendida para mirar a la mujer que seguía pensativa dando vueltas por el cuarto. Tal vez sí... Tragó saliva. Si había algo que le habían enseñado todas sus vidas, era a ser terriblemente cauta.

—Además, el grupo de aventureros, te adoran, se les ve.

—Sí, ya se sabe. Una buena gobernante tiende a dejar esa impresión en sus súbditos —murmuró la mujer acercándose suavemente a la escritora.

—Pero ni con esas, no te veo un romance con ellos. La única conexión es él —dijo señalando a su amante—. Que tenéis un amor platónico extraño, cursi...

Aquello enfureció a la mujer que gritó de pura frustración. No más cambios, nada de eliminarla o querer asesinarla para añadir alicientes a su vida, ¡quería ser libre! Pero estaba atada a los caprichos de seres de otros mundos.

—Ey, tranquila.

—Ni hablar, no tiene sin idea —barruntó con fuerza—. ¿Cursi? ¿Por qué él me salvó siendo una niña y desde ese momento supimos que nos amaríamos siempre? ¿Por qué mientras vivimos bajo el yugo de mis padres no podíamos amarnos libremente?

—Sí, por eso mismo.

La reina la miró con los ojos anegados en lágrimas, deseando que, por unos momentos, todo desapareciera y pudieran deshacerse en el olvido. La siguió gritando, desahogándose por cientos de junta letras incapaces de reconocer la grandeza de los gestos pequeños, de las palabras susurradas entre susurros para que nadie las robase.

—Mira, te me quedas la margen, no me interesa tu historia. Además —retó ella con una gran sonrisa— no sabrías qué hacer con ella si te diera la oportunidad.

Al escucharla, la miró suplicante, rogando por una nueva vida y una oportunidad real de hacer lo que le correspondía.

—Por cierto, te llamarás Ella.

Reina Ella despertó. Era su cuarto, aunque la decoración hubiera cambiado por completo. Aún era capaz de recordar lo que había ocurrido en las otras vidas, el reto de la escritora.

—Buenos días, su majestad —entró su criada, tan pizpireta como siempre—. Hoy hace un día precioso, cuando acabéis con la recepción a los héroes, podemos ir a dar una vuelta por la ciudad.

—¿Qué héroes? —preguntó ella levantándose de su cama.

—Los que vencieron al brujo Andraon. Lo he visto, traen su báculo —le recordó la criada con una sonrisa—. Y luego vendrá vuestra amiga lirihal para...

Era el día en el que todo solía estropearse: en el que se decidía, tras meses bajo el yugo de su padre, el brujo, poder confesarle su amor a...

—Eibyl —se dijo en voz alta. Ese era el nuevo nombre—. Tengo que hablar con Eibyl.

—Pero... ¿y los aventureros? ¿E lirihal?

—De los aventureros me ocuparé ahora mismo —aseguró vistiéndose rápido—. De mi buena amiga, dile que la quiero, pero tenía que hacer algo importante hoy. Que me espere para cenar.

Sin dejar que ella le respondiera, salió corriendo a medio vestir y descalza. Su sonrisa y nerviosismo la delataban, ignorando los saludos y gestos de los demás. Temiendo que si se detenía, todo volviera a estropearse como siempre.

Agotada, con el pecho latiéndole a gran velocidad y los pies doloridos por ir descalza, alcanzó el bosque donde aquel día, los guerreros reposaban tras meses de lucha. Era un lugar prohibido para los que no pertenecieran al ejército, pero a ella poco le importaba. Ignorando las súplicas de los demás miembros de su guardia, corrió por entre los árboles, dejando que sus pies la guiaran por entre los árboles. El reflejo del

agua le hizo parpadear, pero allí le encontró, cubierto por el líquido y descansando. Al verla, se medio incorporó, mostrando su cuerpo de hierro, forjado en mil batallas y capaz de abrazarla con la mayor dulzura del mundo.

—Su majestad, ¿ocurre algo? —dijo con una sonrisa.

Hacía años que no la veía. Le habían otorgado y arrebatado familias, amores y amigos, pero lo que más le dolió perder, era aquel gesto. Era solo suyo, lo único sincero en una vida literaria.

—Ella, ¿ocurre algo? —le preguntó preocupado acercándose a ella, al verla llorar con una gran sonrisa en su rostro—. Por favor, hágamelo.

Quiso hacerlo, decirle las grandes palabras que llevaba años guardando en su corazón. Una eternidad que solo ella recordaba, se acercó a él se introdujo en el lago y obvió el dolor de su cuerpo, que se mojara o el rostro preocupado. Le agarró por el cuello y le besó con todo su amor. Ya no importaban los amantes celosos escondidos en las sombras o los padres que no deseaban verles juntos; ningún drama sería capaz de hacerle cambiar de idea: solo deseaba estar con ese hombre por una vez en sus vidas.

Sus labios se movieron torpes al notar el cuerpo rígido de su amante, pensó separarse, pero los brazos del guerrero la atrajeron con dulzura, aprisionándola para que no se escapase. Ella respondió dándole más profundidad al beso. Unos truenos a su espalda les hicieron reaccionar y descender al mundo. Se veía el fuego quemando el castillo y la gente gritando. Había decidido incluirla en la historia de alguna forma.

—Tú madre sigue viva, no querrá vernos juntos —dijo Eibyl haciendo que se volviera a él, sonreía mientras le acariciaba la cara—. ¿Qué vamos a hacer?

—Vivir juntos esta historia —aseguró Ella aferrándose a su amor—. Luchar por esto, no quiero volver a perderte.

—Nunca lo has hecho, tonta. Siempre eh estado a tu lado y habría sido capaz de esperarte toda la eternidad.

Ella supo que tenía razón, en todo. Cerró sus ojos y dejó que los malos recuerdos se desvanecieran, para volver a ser solo una pobre reina que disfrutaba del amor de su salvador.





